

Justo antes de las seis de la tarde, George y Roberta, Angela y Eva salían de la camioneta de George (cambió su coche por una camioneta cuando se trasladó al campo) y cruzaron el patio delantero de Valerie, bajo la sombra de dos apartados y espléndidos olmos que han sido costosamente conservados. Valerie dice que aquellos árboles le han costado un viaje a Europa. La hierba que tienen debajo se ha mantenido verde durante todo el verano y está rodeada de dalias rojas. La casa es de ladrillo de un rojo apagado y alrededor de las puertas y de las ventanas hay un contorno decorativo de ladrillos de un color más claro, que originalmente eran blancos. Este estilo se encuentra a menudo en Grey Country; quizá fuese especialidad de alguno de los primeros constructores.

George lleva las sillas plegables de linón que Valerie les pidió que llevaran. Roberta lleva el postre, un helado de frambuesas hecho con las que cogieron en su propia granja (en la granja de George) a principios del verano. Lo ha rodeado de cubitos de hielo y lo ha envuelto en paños de cocina, pero está deseando meterlo en el congelador. Angela y Eva llevan botellas de vino. Angela y Eva son las hijas de Roberta. Roberta y su esposo han quedado en que pasen los veranos con ella y con George, y el curso escolar en Halifax con él. El marido de Roberta está en la Marina. Angela tiene diecisiete años; Eva doce.

Esas cuatro personas van vestidas de un modo que sugiere que van a cenas distintas. George, que es un hombre robusto, moreno y de ancho tórax, con una apariencia intimidante y profesional de confianza en sí mismo y de impaciencia (antes era profesor), lleva una limpia camiseta y unos pantalones indefinidos. Roberta lleva unos pantalones de algodón color tostado claro y una camiseta suelta y sin mangas de seda cruda color marrón ladrillo (un color que le va muy bien al oscuro color de su pelo y a su blanca piel cuando está en plena forma; pero hoy no lo está). Cuando se arregló en el cuarto de baño, pensó que su piel parecía un trozo de papel encerado que había sido arrugado hasta hacer una bola apretada para luego volverlo a alisar. Estaba momentáneamente contenta con su delgadez y tenía pensado ponerse un sedoso corpiño plateado sin mangas, una broma sugestiva, pero en el último momento cambió de idea. Lleva gafas oscuras y es porque le ha dado por tener ataques de llanto, nunca en los momentos realmente malos, sino en medio; los ataques son tan espontáneos como los estornudos.

En cuanto a Angela y a Eva, van teatralmente ataviadas con prendas inventadas sacadas de una caja de cortinas viejas que han encontrado en el piso de arriba de la casa de George. Angela lleva un tejido de damasco verde esmeralda a rayas largas y descoloridas por el sol, envuelta de manera que deja al desnudo un hombro dorado. Ha

cortado hojas de parra del mismo damasco, las ha pegado sobre cartulina y se las ha puesto en el pelo. Angela es alta y de pelo rubio, y está desconcertada con su recientemente adquirida belleza. Se toma muchas molestias para hacer ostentación de la misma, como ahora, y luego se ruboriza, frunce el entrecejo y parece obstinadamente insultada cuando alguien le dice que parece una diosa. Eva lleva unas cuantas cortinas de encaje frágiles y amarillentas, envueltas, unidas y atadas con alfileres, cintas y ramilletes de polemonios silvestres, ya caídos y desparramados. Una de las cortinas está prendida alrededor de la frente y le cuelga por detrás, como un velo nupcial de los años veinte. Se ha puesto unos pantalones cortos debajo, por si alguien pudiera vislumbrar sus bragas a través del velo. Eva es puritana, extravagante: una acróbata, una parodista, una optimista, una alborotadora. Su rostro, bajo el velo prendido, está sensualmente pintado con sombra verde, un pintalabios oscuro, colorete y rimmel. Los violentos colores acentúan su aspecto infantil de atolondramiento y coraje.

Angela y Eva han viajado aquí en la parte trasera de la camioneta, echadas sobre las sillas de linón. Solo hay unos cinco kilómetros desde la casa de George hasta la de Valerie, pero a Roberta no le parecía que fuese seguro viajar así, quería que se bajasen y se sentaran en el suelo de la camioneta. Para su sorpresa, George habló a su favor, diciendo que sería ignominioso para ellas tener que acomodarse en el suelo con sus galas. Dijo que conduciría despacio y que evitaría los baches, y así lo hizo. Roberta estaba algo nerviosa, pero la tranquilizó el verle tan favorablemente dispuesto e indulgente con las mismas cosas (teatralidad y exhibicionismo) que ella había esperado que le molestasen. Ella misma había dejado de llevar faldas largas y túnicas por lo que decía que le disgustaba ver a las mujeres arrastrándose por ahí de esa guisa, lo que le indica, dice, no solo la intención de una mujer de no realizar un trabajo serio, sino también su persistente deseo de ser admirada y cortejada. Este es un deseo con el que George no tiene paciencia y en el que ha gastado energía, durante toda su vida adulta, para frustrarlo.

Roberta pensó que después de hablarles a las chicas de aquella forma tan amable y de haberlas ayudado a subir a la camioneta, hablaría con ella cuando entrase en la cabina, que incluso podría cogerle la mano, barriendo sus crímenes ocultos, pero no sucedió. Encerrados juntos, conduciendo por las carreteras de gravilla caliente y a un paso casi fúnebre, estaban inmovilizados por un silencio devastador. Al filo del silencio, Roberta se siente encoger como una hoja amarillenta. Sabe que ésa es una imagen histérica. También histéricas son las ganas de gritar, de abrir la puerta y tirarse sobre la grava. Debería esforzarse en no ser histérica, en no exagerar. Pero seguramente es odio, ¿qué otra cosa puede ser?, lo que George está elaborando ininterrumpidamente y vertiendo sobre ella, y seguramente es un gas mortífero. Intenta romper el silencio, chasqueando ligeramente la lengua de preocupación mientras aprieta los paños sobre el helado y luego suspirando, un ruidoso suspiro de imitación que quería sonar a cansancio, contento y comodidad. Viajan entre altas cosechas de maíz y ella piensa en lo feo que se ve el maíz, una cosecha monótona, de

hojas ásperas, un ejército ridículo. ¿Cuánto tiempo hace que dura esto? Desde ayer por la mañana: lo notó en él antes de que se levantasen de la cama. Salieron y se emborracharon la noche anterior para intentar mejorar las cosas, pero el descanso no duró.

Antes de que salieran para casa de Valerie, Roberta estaba en el dormitorio, ajustándose el corpiño, y George entró y le dijo:

—¿Eso es lo que te vas a poner?

—Eso es lo que pensaba, sí. ¿No se ve bien?

—Tienes los brazos flácidos.

—¿Sí? Me pondré algo con mangas.

En la camioneta, ahora que ella sabe que él no va a hacer las paces, se permite escucharle diciéndole aquello. Hay en su voz una cruel satisfacción. La satisfacción de ventilar el asco. Le repugna el envejecimiento del cuerpo de ella. Eso se podía haber previsto. Ella empieza a tararear algo, sintiendo la ligereza, la libertad, la gran ventaja táctica de ser la persona a quien se le ha hecho el agravio, el cortante desafío, la imperdonable cosa dicha.

Pero supongamos que a él no le parece que sea imperdonable, supongamos que a sus ojos ella es la única imperdonable... Ella es siempre la culpable, los desastres la sorprenden diariamente. Antes, en cuanto percibía algún deterioro buscaba remediarlo tenazmente. Ahora los remedios traen más problemas. Se pone crema en las arrugas frenéticamente, y su cara se llena de manchas, como la de una adolescente. El régimen que hizo hasta que tuvo la cintura lo suficientemente delgada como para agradar le produjo una apariencia demacrada en las mejillas y el cuello. Los brazos flácidos, ¿cómo se pueden ejercitar?, ¿qué hay que hacer? Ahora hay que pagar, ¿y por qué? Por vanidad. Incluso a duras penas por eso. Solo por tener una vez uno de esos agradables aspectos, y dejar que hable por ti, solo por permitir que un arreglo de pelo y de hombros y de pecho tenga su efecto. No se detiene una a tiempo, en vez de eso no sabe una qué hacer, se queda una expuesta a la humillación. Eso piensa Roberta, sintiendo compasión de sí misma, lo que ella sabe que es autocompasión, subiendo y arremolinándose en su amarga bilis.

Tiene que irse, vivir sola, llevar mangas.

Valerie les llama desde una ventana con las persianas bajadas, bajo la parra:

—Entrad, entrad. Me estoy poniendo las medias.

—¡No te pongas medias! —gritaron George y Roberta a la vez. Por el sonido de sus voces hubiera parecido que durante todo el camino de venida han estado ocupados en una conversación tierna y animada.

—No te pongas las medias —protestaron Angela y Eva.

—Bueno, está bien. Si hay tanta predisposición contra las medias —dice Valerie tras la ventana—. Ni siquiera me pondré vestido. Vendré tal como estoy.

—¡Eso no! —grita George, y se tambalea, levantando las sillas de linón a la altura de su cara.

Pero Valerie, que aparece en el umbral, está maravillosamente vestida, con un traje suelto color verde, oro y azul. Ella no tiene que preocuparse por la opinión de George acerca de los vestidos largos. Ella está libre de culpa de todos modos, porque nunca se podría decir que Valerie está buscando ser cortejada ni admirada. Es una mujer alta, de poco pecho, cuya cara larga y ordinaria parece resplandecer de agrado, de impaciente comprensión, de humor, inteligencia y aprecio. Su cabello es grueso, canoso y rizado. Este verano se lo cortó excesivamente, de modo que lo que le queda es un corte de pelo masculino y rizado, que revela su cuello, lleno de nervaduras, las arrugas en el inicio de las mejillas y sus largas y aplastadas orejas.

—Creo que parezco una cabra —dice—. Me gustan las cabras. Me gustan sus ojos. ¿No sería maravilloso tener esas pupilas horizontales? ¡Grotesco!

Sus hijos le dicen que ya es lo bastante grotesca.

Aquí llegan ahora los hijos de Valerie, mientras George, Roberta, Angela y Eva entran en el vestíbulo a la vez, Roberta diciendo que el hielo se le está derritiendo y que debe meter su ambiciosa mixtura en el congelador. Primero Ruth, que tiene veinticinco años, mide más de metro ochenta y se parece mucho a su madre. Ya ha dejado de querer ser actriz y está aprendiendo a enseñar a niños desequilibrados. Lleva los brazos llenos de varas de San José, zanahorias silvestres y dalias, malas hierbas y flores todas mezcladas, las arroja al suelo del vestíbulo con un gesto teatral y abraza el helado.

— ¡Postre! —dice cariñosamente—. ¡Oh qué bien! ¡Angela, estás increíblemente preciosa! Eva también. Sé quién es Eva. ¡Es la novia de Lammermoor!

Angela admite, incluso le encanta, el elogioso manifiesto de Ruth, porque Ruth es la persona a quien más admira del mundo; probablemente la única persona a quien admira.

—¿La novia de quién? —pregunta Eva, feliz— ¿La novia de quién?

David, el hijo de veintiún años de Valerie, estudiante de historia, está en la puerta de la salita, sonriendo con tolerancia y afecto ante la excitación. David es alto y delgado, de cabello y piel morenos, como su madre y su hermana, pero él es pausado, habla despacio, nunca se precipita. En este hogar de muchos controles y equilibrios delicados es digno de atención el que las animadas y abiertas mujeres se sometan a la consideración de David, de un modo ceremonioso, pareciendo solicitar el gesto de su protección, aunque la misma protección es algo que no es probable que necesiten.

Cuando los saludos decaen, David dice:

—Esta es Kimberly —y presenta a cada uno de ellos a la mujer joven que tiene bajo el brazo. Está muy bien proporcionada, es bonita y lleva una falda blanca y una camisa rosa de manga corta. Lleva gafas y no va maquillada. Tiene el pelo corto, liso y cuidado, de un agradable castaño claro. Estrecha las manos de cada uno de ellos y les mira a todos a los ojos, a través de sus gafas, y aunque sus maneras son absolutamente educadas, incluso sumisas, da una ligera sensación de ser una persona oficial saludando a los miembros de una delegación ingobernable y estrafalaria.

Valerie hace años que conoce a George y a Roberta. Los conocía mucho antes de que ellos se conocieran. Ella y George formaban parte de la junta directiva de la misma escuela secundaria de Toronto. George era jefe del departamento de arte; Valerie era asesora de la escuela. Ella conocía a la esposa de George, una mujer nerviosa y bien vestida, que se mató en un accidente aéreo en Florida. George y su esposa ya estaban separados para entonces.

Y, desde luego, Valerie conocía a Roberta porque el marido de Roberta, Andrew, es su primo. Nunca se preocuparon mucho el uno del otro, y cada uno de ellos ha descrito al otro a Roberta como un palo. Andrew decía que Valerie era un palo de aspecto estrafalario y completamente asexuada, y cuando Roberta le dijo a Valerie que le dejaba, Valerie dijo:

—Oh, qué bien. Es tan palo...

A Roberta le gustó encontrar tal comprensión y no tener que buscar razones aceptables; aparentemente Valerie pensaba que el que fuera un palo era razón suficiente. Al mismo tiempo Roberta deseaba defender a su esposo y preguntar cómo demonios Valerie podía presumir de saber si era un palo o no lo era. No puede evitar desear defenderle, le parece que él tuvo muy mala suerte al casarse con ella.

Cuando Roberta se trasladó y dejó Halifax se fue a vivir con Valerie en Toronto. Allí conoció a George, y él la llevó a visitar su granja. Ahora Valerie dice que ellos son creación suya, el resultado de sus actividades de casamentera totalmente accidentales.

—Fue la primera vez que vi al amor hacer eclosión tan cerca —dice—. Era como mirar un amarilis. Sorprendente.

Pero Roberta tiene la idea de que, por mucho que les quiera a los dos y les desee bien, el amor es realmente algo de lo que Valerie podría pasarse sin que se lo recordaran. En compañía de Valerie una se pregunta a veces de qué va todo el jaleo. La misma Valerie se lo pregunta. Su vida y su presencia, más que cualquier opinión de las que expresa, te recuerdan que el amor no es amable ni honesto y que no contribuye a la felicidad de ninguna forma fiable.

Cuando le habló a Roberta de George (eso fue antes de que supiera que Roberta estaba enamorada de él), Valerie dijo:

—Es un hombre realmente misterioso. Creo que es muy idealista, aunque no le gustaría oírme decir eso. Esa granja que ha comprado. Esa vida autosuficiente, aislada y productiva en el campo.

Siguió hablando de cómo él había sido criado en Timmins, hijo de un zapatero húngaro, el menor de seis hermanos, el primero en terminar la escuela secundaria, y por supuesto la universidad.

—Es la clase de persona que sabría qué hacer en una pelea callejera, pero que no sabe nadar. Trajo a su anciano, gruñón y encorvado padre a Toronto y le cuidó hasta que murió. Creo que deja a las mujeres con bastante dureza.

Roberta escuchó todo esto con gran interés y pasándolo básicamente por alto, porque lo que otras personas sabían de George ya le parecía que no tenía importancia. Estaba alarmada y encantada. Enamorarse no era algo con lo que ella hubiese contado. Todo lo más que había esperado era una vida como la de Valerie. Había ilustrado un par de libros de niños y pensó que podría tener más encargos; podría alquilar una habitación en Beaches, en la zona este de Toronto, pintar las paredes de blanco, sentarse en cojines en lugar de sillas y aprender a ser autodisciplinada e indulgente consigo misma, como pensó que las personas solitarias debían de serlo.

Valerie y Roberta atraviesan la casa llevando una botella de vino frío y dos de las copas de agua de la abuela de Valerie. Roberta cree que la casa de Valerie es exactamente en lo que la gente piensa cuando dice con anhelo «una casa en el campo», o más especialmente, «una granja antigua de ladrillo». El cálido ladrillo, rojo pálido, con el adorno de ladrillo claro, las parras y los olmos, los suelos lijados, los tapices colgados y las paredes blancas, el desportillado aguamanil en una cómoda maciza frente a un espejo empañado. Desde luego, Valerie ha tenido quince años para hacer aquello. Ella y su esposo compraron la casa para el verano, y luego, cuando él murió, ella vendió su casa de la ciudad, se mudó a un piso y dedicó su dinero y su

energía a esto. George había comprado la casa y la tierra hacía dos años, habiéndole dado a conocer esta parte del país Valerie, y hacía catorce meses que había dejado el trabajo de sus clases y se había trasladado allí para siempre. Al poco de esa mudanza llegó su primer encuentro con Roberta. El pasado diciembre se fue a vivir con él. Ella pensó que les costaría aproximadamente un año arreglar la casa, y entonces George podría volverse a poner a esculpir. Escultor es lo que realmente quiere ser. Por eso es por lo que quería dejar de dar clases y vivir modestamente en el campo, cultivar muchas verduras, tener pollos. Todavía no ha empezado con los pollos.

Roberta tenía la intención de seguir ilustrando libros. ¿Por qué no lo ha hecho? Ni tiempo, ni dónde trabajar (sin sitio, sin luz, sin mesa). Sin momentos claros de autoridad, ahora que la vida ha puesto sobre ella esta nueva clase de garra.

Lo que han hecho hasta ahora, lo que George ha hecho, mayormente, mientras Roberta barre y cocina, es poner un nuevo tejado en la casa, instalar ventanas de marcos de aluminio, echar saco tras saco de polvoriento aislamiento de guijarros en el espacio de detrás de las paredes, fijar láminas amarillas de fibra de vidrio de aspecto lanoso contra el tejado de la buhardilla, limpiar todos los tubos de la chimenea, substituir parte de ellos y enladrillar de nuevo parte de la chimenea, reponer los aleros podridos. Después de todas estas reparaciones esenciales y laboriosas la casa sigue sin ser atractiva por fuera, revestida con su ladrillo de imitación rojo oscuro, y con su porche hundido, lleno de montones de leña nueva secándose, de madera vieja recuperada y de láminas suplementarias de fibra de vidrio y desechos útiles. Y dentro está oscuro y huele a rancio. Roberta quisiera levantar el linóleo y arrancar el deprimente papel de la pared; pero todo debe hacerse en orden y George ha establecido el orden; no sirve de nada levantar y arrancar hasta que la instalación eléctrica y el aislamiento no hayan sido terminados y se haya reconstruido el armazón de la casa. Últimamente ha estado diciendo que antes de comenzar por el interior de la casa o de poner las tablas de forro en el exterior tiene que hacer un trabajo más importante en el granero; si no apuntala y refuerza la estructura de las vigas todo el edificio podría venirse abajo con las tormentas del próximo invierno.

Además de esto está el jardín: el manzano y el cerezo (que han sido podados), los tallos de las frambuesas (que se han eliminado) el césped (que ha sido replantado, recuperado de pedazos de hierba alta y silvestre y pedazos de suelo pelado) y guijarros bajo la sombra de algunos pinos desiguales. Al principio Roberta tenía una idea de toda la casa en la mente, de todas las cosas que se habían hecho, de las que se estaban haciendo, y de las que todavía quedaban por hacer. Ahora no piensa en el trabajo de ese modo, no tiene una idea general del mismo, sino que se queda en la cocina y hace los trabajos según aparecen. Encargarse de los productos de la huerta, hacer salsa de chile, preparar tomates, pimientos, judías y maíz para congelarlos, hacer zumo de tomate y mermelada de cerezas, le ha llevado un montón de tiempo. A veces mira el congelador y se pregunta quién se comerá todo aquello, ¿George y quién más? Puede sentir sus propios derechos encogiéndose.

La mesa está puesta en la larga galería cerrada en la parte de atrás de la casa. Valerie y Roberta salen por una puerta al final de la misma, bajan unos pequeños escalones y se dirigen hacia una pequeña zona de suelo y paredes de ladrillo que Valerie ha hecho hacer este verano, pero a la que no le gusta llamar patio. Dice que no se puede tener un patio en una granja. Aún no ha decidido cómo le gustará llamarla. Tampoco ha decidido si poner pesadas sillas de madera y de linón, cuyo aspecto le gusta, o cómodas y livianas sillas de metal y de plástico, como aquellas que han llevado George y Roberta.

Echan el vino y levantan los vasos, los anchos y antiguos vasos de agua en los que les encanta beber vino. Pueden oír a Ruth, a Eva y a Angela riendo en el dormitorio de Ruth. Ruth ha dicho que tienen que ayudarla también a disfrazarse, va a pensar en algo que las va a superar a todas. Y pueden escuchar el sonido sibilante de la guadaña que ha traído George para cortar la alta hierba y los lampazos de alrededor del pequeño establo de piedra de Valerie.

—El establo sería un precioso estudio —dice Valerie—. Debería alquilárselo a un artista. George, ¿a ti? Te la alquilaría por segar y por un helado de frambuesas. Aunque George va a hacer un estudio en el granero, ¿no?

—Con el tiempo —dice Roberta.

Ahora todo el trabajo de George está en la fachada de la casa, en la antigua sala de recibo. Algunas piezas terminadas y casi terminadas están allí, cubiertas con sábanas polvorientas y también algunos bloques de madera (George trabaja solo en madera), un gran pedazo de roble desecado y trozos de nogal ceniciento y de cerezo secados al horno. Su sierra de cortar, escoplos y gubias, el aceite de linaza, la trementina, la cera de abejas y las resinas están todas allí, con las tapas polvorientas y bien cerradas. Eva y Angela daban vueltas alrededor y, puestas de puntillas sobre los escombros y la maleza, miraban por la ventana delantera las cubiertas formas.

—Uf, se ven espantosas —le decía Eva a George—. ¿Qué son por debajo?

—Donuts de madera —decía George—. Escultura pop.

—¿De veras?

—Una patata y un bebé de dos cabezas.

La siguiente vez que fueron a mirar se encontraron con una sábana clavada sobre la ventana. Era una sábana de color grisáceo, rota por la parte superior. A cualquiera que pasara por allí le haría ver la casa todavía más triste y abandonada.



—¿Sabéis que tenía cigarrillos? —dice Valerie—. Tengo medio cartón. Lo escondí en el armario de mi habitación.

Ha enviado a David y a Kimberly a la ciudad, diciéndoles que no le quedaban cigarrillos. Valerie no puede dejar de fumar, aunque toma pastillas de vitaminas y tiene cuidado de no comer nada con colorante alimenticio rojo.

—No he podido pensar en nada más que decirles que me faltaba, y quería que se marcharan un rato. Ahora no me atrevo a fumar o lo notarán cuando regresen y sabrán que he mentido. Y necesito uno.

—Bebe, en lugar de fumar —dice Roberta. Cuando llegó allí pensó que no podría hablar con nadie; iba a decir que le dolía la cabeza y a preguntar si podía echarse. Pero Valerie la tranquiliza, como siempre. Valerie hace interesante lo que no es soportable.

—Entonces, ¿cómo estás? —pregunta Valerie.

—Ohhh —dice Roberta.

—La vida sería maravillosa si no fuese por las personas —dice Valerie malhumoradamente—. Eso suena a cita, pero creo que lo acabo de inventar. El problema es que Kimberly es cristiana. Bueno, está bien. Podríamos utilizar a una o dos cristianas. En cuanto a eso, yo no soy anticristiana. Pero ella es una cristiana muy notable, ¿no crees? Estoy asombrada de lo miserable que me hace sentir.

George está disfrutando de la siega. Por una cosa, le gusta trabajar sin espectadores. Siempre que trabaja en casa esos días, es consciente de una multitud de mujeres que le observan. Aunque no estén a la vista, nota como si le estuvieran mirando, descansando, mirando sus trabajos con perplejidad y distracción. Él admite, si lo piensa, que Roberta hace algún trabajo, aunque no ha hecho nada para ganar dinero que él sepa; no se ha puesto en contacto con los editores y no ha trabajado en ideas propias. Permite que sus hijas no hagan nada en todo el día, en todo el verano. Ayer por la mañana se levantó sintiéndose cansado y desanimado: se había ido a dormir pensando en el trabajo que tenía que hacer en el granero y su preocupación había penetrado en sus sueños, que estaban llenos de hundimientos, cálculos erróneos y falsedades estructurales, y salió a la pérgola, con idea de tomarse allí los huevos y pensar en los trabajos del día. Aquella superficie es la única que ha construido hasta ahora, el único cambio que ha hecho en la casa. La hizo la primavera pasada en respuesta a las quejas de Roberta acerca de la oscuridad de la casa y de su mala ventilación. Él le dijo que la gente que construía esas casas trabajaba tanto al sol que nunca pensaron en sentarse a tomarlo.

Salió entonces a la pérgola, llevando su plato y su jarra, y ya estaban allí las tres.

Angela iba vestida con unos leotardos color azul zafiro, hacía ejercicios de ballet en la baranda de la pérgola. Eva estaba sentada con la espalda contra la pared de la casa, sacando con la cuchara copos de salvado de un bol de sopa; lo hacía con tal entusiasmo que muchos se derramaban sobre el suelo de la pérgola. Roberta, en una hamaca, tenía la sempiterna jarra de café agarrada entre las manos, una rodilla arriba y la espalda doblada, y con las gafas de sol puestas, parecía tensa y afligida. Él sabe que llora detrás de esas gafas. Le parece que ella ha dejado que sus hijas le saquen la vitalidad del cuerpo. Se pasa el tiempo apaciguándolas, recogiendo detrás de ellas; tiene que rogarles que se hagan la cama y limpien sus habitaciones; la ha oído rogarles que recojan los platos sucios para poder lavarlos. O eso es lo que le parece oír. ¿Es esta la forma de criar a los hijos de la clase media? Ahora ella está admirando a Angela, admirando pacientemente a su propia hija, la pierna desnuda, levantada y dorada, el perfil desdeñoso. Si cualquiera de sus hermanas se hubiese atrevido a hacer una exhibición semejante, su madre les hubiera zurrado.

Angela bajó la pierna y dijo:

—¡Saludos, amo!

—No te veo golpeándote la cabeza contra el suelo —dijo George. Normalmente bromeaba con las chicas, no importaba cómo se sintiera. Tenía costumbre de hacer bromas rudas, y había tenido mucho éxito en la clase, donde había mantenido un carácter algo exagerado, en ocasiones cruel, y siempre entretenido. Lo había hecho también con la mayoría de los demás profesores, expresando su desprecio por ellos de un modo tan pintoresco que no podían creer que realmente lo hiciera con intención.

A Eva le encantaba representar cualquier sugerencia de esa clase. Se estiró cuan larga era sobre la pérgola y se dio fuerte con la cabeza contra las tablas.

—Te vas a hacer un chichón —dijo Roberta.

—No. Solo me voy a hacer una lobotomía.

—George, ¿te das cuenta que dentro de unos cuantos días nos habremos ido? —dijo Angela—. ¿No se te parte el corazón?

—En dos.

—¿Pero dejarás que mamá cuide de Diana cuando nos hayamos ido? —dijo Eva levantándose y palpándose la cabeza en busca de golpes. Diana era una gata extraviada que alimentaba en el granero.

—¿Qué quieres decir, con «dejarás»? —dijo Roberta, y George al mismo tiempo dijo:

—Por supuesto que no. La ataré a las patas de la cama si alguna vez intenta acercarse al granero.

Esta gata es un punto sensible. Si Angela considera la granja como un escenario para sí, o a veces como la Naturaleza, una engendradora de pensamientos y poemas, ante la que ella se rinde vagando y soñando, Eva la ve como un lugar en el que cuidar animales, con un poco de la atención sobrante para insectos, peces y babosas. Ambas la consideran, ciertamente, como un lugar de vacaciones, puesto ante ellas para cualquier uso o disfrute que puedan conseguir. Ninguna de ellas ve los trabajos que esperan ser hechos delante de sus narices. Eva ha pasado el verano acechando marmotas y conejos, atrapando ranas y dejándolas ir, cogiendo peces en un tarro, intentando imaginar cómo podría albergarse a varios animales en el granero. George la hace responsable, por la misma fuerza de su deseo, de atraer al ciervo fuera del bosque, de modo que tuvo que dejar todo lo que estaba haciendo y construir una valla de alambre de dos metros y medio alrededor del huerto. El único animal que ha conseguido instalar en el establo es a Diana, delgada como un palo, fea y medio salvaje, cuyas mamas colgantes indican que mantiene a una familia de gatitos en alguna parte. Eva se ha pasado gran parte del tiempo intentando descubrir el paradero de estos gatitos.

George considera la gata como a una gorrana, una gran molestia potencial, una invasora de su propiedad. Al alimentarla y animarla, Eva se ha lanzado a una conducta de pequeñas, pero significativas falsedades, que Roberta ha soportado sin reservas. Él sabe que sus sentimientos sobre esta cuestión son exagerados, incluso cómicos; eso no le ayuda. Una de las cosas que no ha querido ser nunca, y que ha evitado ser, es un papá cómico, un fulminador, un chapucero. Pero es la conducta de Roberta la que le preocupa, más que la de Eva. Aquí Roberta demuestra con toda claridad el error que ha cometido al criar a sus hijas. Mentalmente puede oír a Roberta hablando a alguien en una fiesta:

—Eva ha adoptado a una gata terrible, a una vagabunda con un aspecto realmente horrible: ésa es su hazaña del verano. Y Angela se pasa todo el día haciendo «jetés» y enfurruñándose con nosotros.

Realmente no ha escuchado a Roberta decir eso (no han ido a fiestas), pero se lo puede imaginar muy bien. Emplazaría a sus hijas para distracción de otros, las convertiría en personajes de los que nada serio podría esperarse. Eso a George le parece no solo frívolo, sino también cruel. Roberta, que es tan indulgente con sus hijas, que se preocupa constantemente de que puedan encontrarla insuficientemente afectuosa, interesada, comprensiva, no obstante las está desposeyendo. No las está tomando en serio, no las está educando. ¿Y qué tiene que hacer George a la vista de todo esto? No son hijas suyas. Una de las razones por las que no ha tenido hijos es que duda de si podría darles su atención sin reservas y durante tanto tiempo como fuese necesario, para esta cuestión de la educación. Como profesor, sabe cómo hacer mucho

ruido y llevarles la delantera, pero es agotador tener que hacer eso en el frente del hogar. Y era principalmente a los chicos a quienes aprendió a vencer con sus estrategias. Los chicos eran la amenaza en una clase. Las chicas nunca molestaban mucho, fuera de alguna cuidadosa finta con las sexy. Eso no funciona aquí.

Aparte de todo esto, a menudo no puede evitar que le gusten Angela y Eva. Le parecen desorientadas y atractivas. Ellas le encuentran muy divertido, lo que unas veces le irrita y otras le gusta. Su forma de comportarse con la gente es, o muy reservada o muy divertida, y él cree que prefiere ser reservado. No obstante, le gusta que la diversión se aprecie.

Pero cuando terminó de desayunar y cogió dos grandes cestos y se fue al huerto a coger tomates, nadie se movió para ayudarle. Roberta siguió meditando melancólicamente y bebiendo café. Angela había terminado sus ejercicios y estaba escribiendo en el cuaderno que utiliza como diario. Eva se había ido al establo.

Angela está sentada al piano en el salón de Valerie. No hay piano en la casa de George y lo echa en falta. ¿No lo echa en falta su madre? Su madre se ha convertido en una persona que no pide nada.

«La he visto cambiar —ha escrito Angela en su diario— de ser una persona muy respetada a ser una persona a punto de tener los nervios destrozados. Si esto es amor, yo no quiero ni un poco. Él quiere esclavizarla a ella y a nosotras y ella camina por la cuerda floja intentando evitar que se vuelva loco. No disfruta de nada y si le dieras a escoger preferiría estar tumbada en una habitación oscura con un pañuelo sobre los ojos y no ver a nadie ni hacer nada. Esta es una mujer inteligente que creía en la libertad.»

Empieza a tocar la «Marcha Turca», que le trae a la mente la imagen de una casa que sus padres vendieron cuando ella tenía cinco años. Había una pequeña estantería cerca del techo en el comedor, donde su madre había puesto los platos de postre para decorar. Un árbol o un matorral del jardín tenía hojas del color de la lechuga, grandes como platos.

Ha escrito en su diario:

«Sé que la nostalgia es una emoción inútil. A veces siento que me gustaría romper algunas cosas de las que he escrito donde quizá he sido demasiado dura al juzgar a ciertas personas o situaciones, pero he decidido dejarlo todo porque quiero tener una relación de lo que realmente sentía en aquel momento. Quiero tener un relato fiel de toda mi vida. Cómo evitar mentirse es el mayor problema que veo en todas partes.»

Durante el verano Angela ha pasado mucho tiempo leyendo. Ha leído Ana Karenina, El segundo sexo, Emily of New Moon, La antología Norton de Poesía, La autobiografía de

W.B. Yeats, *The Happy Hooker*, *The Act of Creation*, *Seven Gothic Tales*. Algunas de estas, para ser exactos, no las ha leído enteras. Su madre también leía siempre. Angela llegaba a casa de la escuela a las doce, y también por la tarde, y la encontraba leyendo. Su madre leía sobre la conquista de Méjico, leyó *The Tale of Genji*. Angela se maravilla de lo segura que su madre parecía entonces.

Angela tiene una imagen en su mente de Eva antes de que naciera. Los tres, Angela, su madre y su padre, están en una playa. Su padre está cavando un gran agujero en la arena. Su padre es un dotado constructor de castillos de arena con calles y sistemas de irrigación, así que Angela contempla con interés cualquier proyecto que emprenda. Pero el agujero no tiene nada que ver con un castillo de arena. Cuando está terminado, su madre se echa, riendo, y coloca su barriga en él. En su barriga está Eva, y el agujero es como una cuchara para un huevo. La playa es extensa, kilómetros y kilómetros de blanca arena inclinándose suavemente hacia el agua azul-verdosa. La orilla no es pedregosa y no hay ni una pequeña caleta. Un lugar radiante y generoso. ¿Dónde pudo ser?

Pasa de la «Marcha turca» a hacer un intento con «Eine Kleine Nachtmusik». Roberta, que escucha el piano al mismo tiempo que escucha a Valerie hablando graciosamente y sin esperanzas sobre su temor hacia Kimberly, de lo poco que le gustan los intrusos, de su inexcusable repugnancia a renunciar a sus hijos, piensa. No, no era un error. ¿Qué quiere decir con eso? Quiere decir que no fue un error dejar a su marido. Suceda lo que suceda, no fue un error. Era necesario. De otro modo no lo hubiese sabido.

—Es un mal momento para ti —dice Valerie juiciosamente—. Estás exactamente bajo una espectacular tensión.

—Eso es lo que yo me digo —dice Roberta—. Pero a veces pienso que no es eso. No es por la casa, no es por las niñas. Es solo que hay algo negro que se está levantando.

—Oh, siempre hay algo negro —dice Valerie refunfuñando.

—Pienso en Andrew, ¿qué le estaba yo haciendo? Poniendo las cosas para encontrar el fallo en él, quejándome, luego echándome atrás y haciendo las paces. Gradualmente, la necesidad de librarme de él surgía de nuevo, pero yo siempre estaba segura de que era culpa suya... si él hiciera esto o aquello yo podría quererle. Tan horroroso para él que se convirtió en, ¿recuerdas lo que dijiste que era? Un palo.

—Era un palo —dice Valerie—. Siempre lo fue. Tú no tienes la culpa de todo.

—Pienso en ello, porque me pregunto si eso es lo que George me está haciendo a mí. Quiere librarse de mí, luego ya no, luego sí, luego no puede admitirlo, ni siquiera ante sí mismo; tiene que montar fallos. Siento que sé por lo que Andrew pasó. No es que yo fuese a volver a atrás. Nunca. Pero lo veo.

—Dudo que las cosas sucedan tan simétricamente.

—Yo tampoco lo creo así, realmente. No creo que reciba uno su castigo de una forma tan sencilla. ¿No es divertido cómo se siente uno atraído, como yo me siento atraída, ante la idea de una pauta como esa? Quiero decir que la idea es atractiva, la de que haya un equilibrio. Pero no la experiencia. Me gustaría evitarla.

—Te olvidas de lo feliz que eres cuando eres feliz.

—Y viceversa. Es como un parto.

George ha terminado de segar y está limpiando la hoja. Puede oír el piano a través de las ventanas abiertas de la casa de Valerie, y del río suben corrientes erráticas de aire agradable y frío. Se siente mucho mejor ahora, ya sea por el simple ejercicio o por el alivio de no sentirse observado; quizá sea bueno evadirse de las enormes exigencias de su propia casa. Se pregunta si es Roberta la que toca. La música se adapta con precisión a lo que está haciendo: primero la alegre y cotidiana «Marcha turca», para acompañar a la siega; ahora, mientras está limpiando la hoja y oliendo la hierba cortada, las sutiles alegrías, aunque ejecutadas con una ligera vacilación, de «Eine Kleine Nachtmusik». Como siempre, cuando su humor mejora realmente, al romper el alba, desea irse y encontrar a Roberta y rodearla, asegurarle, asegurarse a sí mismo, que no se ha hecho ningún daño real. Esperaba haber sido capaz de hacerlo anoche, cuando fueron a tomar unas copas, pero no pudo; algo sordo se lo impedía.

Recuerda la primera visita de Roberta a su casa. Eso fue a finales de agosto o a principios de septiembre, hace ahora casi un año. Montaron una especie de indecoroso picnic, prepararon banquetes y pusieron discos, sacaron un colchón al patio. Noches claras, en las que Roberta le indicaba las inverosímiles formas en que las estrellas se unen en sus constelaciones, y cada día como oro en paño. Roberta le dijo que debía conocer cuál era la situación: ella tiene cuarenta y tres años, es seis años mayor que él. Ha dejado a su marido porque todo entre ellos parecía artificial; pero no le gusta decir eso, porque puede ser solo hipocresía, ella no está segura de lo que quiere decir, y por encima de todo, no sabe de lo que es capaz. A él le pareció valerosa, sincera, sin vanidad. Cómo de eso podía surgir esa susceptibilidad, ese estado lacrimoso, ese abatimiento, esa amenaza de postración, eso no puede imaginárselo.

Pero vale la pena respetar la primera impresión, cree.

Eva y Ruth están decorando la mesa de la cena en la terraza. Ruth lleva una camisa blanca y la parte de abajo de un pijama a rayas que pertenecen a su hermano, y un monumental turbante negro. Tiene el aspecto de un orgulloso sikh, pero de buen corazón.

—Creo que la mesa debiera ponerse esparcida —dice Ruth—. La sutileza queda fuera, Eva.

A intervalos ponen dalias color naranja y oro, un molinillo de pimienta muy bonito a rayas, calabacines, calabazas amarillas, maíz.

Al amparo de la música, Eva dice:

—Angela tiene más problemas que yo viviendo aquí. Cree que siempre que se pelean es por ella.

—¿Se pelean? —pregunta Ruth suavemente. Luego dice—: No es asunto mío.

Ella estaba enamorada de George cuando tenía trece o catorce años. Era al principio de que su madre hiciese amistad con él. Ella odiaba a su mujer, y le encantó que se separasen. Recuerda que la esposa era hija de un ginecólogo, y que esto era citado por su madre como la razón de que George y su esposa no pudieran llevarse nunca bien. Probablemente era a la prosperidad de su padre a lo que se refería su madre, o a la forma en que la hija había sido educada. Pero a Ruth la palabra «ginecólogo» le parecía cortante y horrorosa, y veía a la hija del ginecólogo vestida con una ropa de metal frío y dentado.

—Tienen peleas silenciosas, de veras. Angela es tan egoísta que cree que todo da vueltas a su alrededor. Eso es lo que sucede cuando te conviertes en una adolescente. Yo no quiero que me pase a mí.

Se produce una pausa en la música que toca Angela y Eva dice vivamente:

—¡Oh, no quiero irme! No me gusta tener que marcharme.

—¿Por qué?

—No quiero dejar a Diana. No sé lo que le sucederá. No sé si la volveré a ver de nuevo. No creo que vuelva a ver otra vez al ciervo. Detesto tener que dejar cosas.

Ahora que el piano está en silencio, a Eva se la puede oír fuera, donde se sientan Valerie y Roberta. Roberta oye lo que Eva dice y aguarda, esperando oírle decir algo sobre el próximo verano. Se prepara para oírlo.

En lugar de eso Eva dice:

—¿Sabes? Yo entiendo a George. A mí no me preocupa como a Angela. Yo sé cómo hacer broma. Le comprendo.

Roberta y Valerie se miran y Roberta sonríe, sacude la cabeza y se estremece. A veces ha tenido miedo de que George lastime a sus hijas, no físicamente, sino por medio de algún cambio de posición, de alguna revelación de antipatía que no podrían olvidar nunca. Le parece haberles dado instrucciones, por ejemplo, que hay que adaptarse a él, respetar sus silencios y responder a sus bromas.

¿Qué pasaría si él se volviera, dentro de este dispositivo de seguridad, y les asestase un golpe memorable? Si sucediera, sería ella quien las habría abandonado a ello. Y puede percibir un peligro. Por ejemplo, cuando George estaba podando los manzanos oyó a Angela decir:

—Mi padre tiene ahora un manzano y un cerezo.

(Eso era información. ¿Se lo tomaría como una competición?)

—Supongo que tiene algunos subordinados que vienen y se los podan —dijo George.

—Tiene cientos —dijo Angela jovialmente—. Enanos. Les hace llevar a todos uniformes pequeños de la Marina.

Angela estaba en aquel momento en un terreno peligroso. Pero Roberta cree ahora que el peligro real no es para Angela, quien encontraría una forma de recibir bien el insulto, quien estaría dispuesta a obtener alguna ventaja. (Roberta ha leído partes del diario.) Es Eva quien, con sus afirmaciones de comprensión, sus esperanzas de una total reconciliación, podría quedar aplastada y sin recursos.

Mientras tomaban una sopa fría de manzana y berros Eva ha vuelto a su estilo «enfant terrible» de causar efecto en la mesa.

—Anoche salieron y se emborracharon. Estaban beodos.

David dice que no ha escuchado esa expresión hace mucho tiempo.

Valerie dice:

—¡Qué horrible para vosotras, pequeñas!

—Estuvimos pensando en llamar a Ayuda Infantil —dice Angela, quien parece muy poco infantil a la luz de la vela (de hecho parece una reina), y consciente de que David la está mirando, aunque con David es difícil decir si la mira con aprobación o con reservas. Parece como si pudiera ser aprobación. Kimberly ha asumido las reservas de él.

—¿Pasasteis un rato muy licencioso? —preguntó Valerie—. Roberta, no me lo habías



dicho. ¿Dónde fuisteis?

—Fue muy respetable —dice Roberta—. Fuimos al hotel Queen de Logan. Al Salón, así es como lo llaman. El lugar elegante para tomar una copa.

—George no te llevaría a ninguna cervecería vieja —dice Ruth—. George es un conservador de salón.

—Es cierto —dice Valerie—. George cree que a las señoras solo hay que llevarlas a los sitios bonitos.

—Y que a los niños hay que verlos pero no oírlos —dice Angela.

—Tampoco verlos —dice George.

—Lo que es confuso para todos, porque sale a escena como un rabioso radical —dice Ruth.

—Esto es una invitación —dice George— al libre análisis. De hecho era muy libertino y Roberta probablemente no se acuerda por estar tan beoda, como dice Eva. Hechizó a un tipo que hacía trucos con palillos.

Roberta dice que era un juego en el que se hacía una palabra con palillos, luego se quitaba un palillo o se cambiaba el orden de lo que allí había y se hacía otra palabra, y así sucesivamente.

—Espero que no fuesen palabras sucias —dice Eva.

—Yo nunca hablé así cuando tenía su edad —dice Angela—. Yo fui la hija anterior a la tolerancia.

—Y cuando nos cansamos del juego, o cuando él se cansó, porque yo me cansé muy pronto, me enseñó fotografías de su mujer y suyas en un crucero por el Mediterráneo. Anoche estaba con otra señora porque su esposa está muerta, y si se olvidaba de dónde fueron tomadas estas fotos, esa mujer se lo recordaba. Ella dijo que no creía que se recuperase nunca de ello.

—¿Del crucero o de su mujer? —pregunta Ruth, mientras George dice que tuvo una conversación con una pareja de granjeros holandeses que querían llevarlo a dar una vuelta en su avioneta.

—Creo que no fui —añade George.

—Te disuadí —dice Roberta, sin mirarle.

—«Disuadí» suena tan bien —dice Ruth—. Es tan suave. Me hace pensar en seda.

Eva pregunta qué quiere decir.

—Persuadir a no hacerlo —dice Roberta—. Persuadí a George para que no fuese a dar una vuelta en avioneta a la una de la mañana con los ricos granjeros holandeses. En lugar de eso, fue para todos una aventura meter al hombre del crucero por el Mediterráneo en su coche para que su amiga pudiera llevarlo a casa.

Ruth y Kimberly se levantan para llevarse los boles de sopa y David va a poner un disco de Dvorak, «La sinfonía del nuevo mundo». Es a petición de su madre. David dice que es almibarado.

Están callados, esperando a que comience la música. Eva pregunta:

—De todos modos, ¿cómo os enamorasteis, chicos? ¿Fue una atracción física?

Ruth le da suavemente en la cabeza con un bol.

—Deberías tener las mandíbulas atadas con alambre —dice—. No olvides que estoy aprendiendo a tratar con niños desequilibrados.

—¿No te molestaba que mamá fuese mucho mayor?

—¿Ves a lo que me refiero acerca de ella? —dice Angela.

—¿Qué sabes tú del amor? — dice George pomposamente—. El amor sufre mucho, y es amable. Similar a mí mismo a este respecto. Al amor no se le alaba...

—Creo que ésa es una clase determinada de amor —dice Kimberly, poniendo la verdura—. Si estás citando.

Al amparo de una conversación sobre traducción y el significado de las palabras (un tema del que George sabe poco, pero sobre el que pronto hace afirmaciones arrolladoras y provocativas, fiel a sus técnicas de clase), Roberta le dice a Valerie:

—La amiga del hombre dijo que lo estupendo era que su mujer había hecho todo el crucero por el Mediterráneo con una bolsa para ano contra natura.

—¿Una qué?

—Una bolsa para ano contra natura. Yo también me quedé desconcertada, de modo que ella dijo: «Es que su mujer sufrió una de esas operaciones y tenía que llevar una

de esas bolsas...».

—Oh, Dios mío.

—Tenía unos brazos grandes y gruesos y el pelo rubio platino. La mujer, en las fotos. La amiga era algo parecido, pero más elegante. La mujer tenía una mirada tan sensual y feliz. La mirada de estar pasándolo bien.

—Y con una bolsa para ano contra natura.

«Así que ves frente a qué personas tan singulares y de aspecto tan poco prometedor el amor echa raíces y florece, y yo no llevo bolsa para ano contra natura, solo algunas arrugas, flaccidez, palidez y un sutil ajamiento. —Esto es lo que Roberta se dice a sí misma—. Esto no es culpa mía», se dice, como ha dicho tan a menudo anteriormente. Normalmente, cuando dice «esto» se refiere a un quejido, a una súplica, a un gimoteo. Ahora lo repite como un hecho en su mente, el tono en el que lo afirma es aburrido y cansado. Parece como si eso pudiera ser la verdad.

Hacia los postres la conversación ha pasado a la arquitectura. La única luz de la terraza la dan las velas sobre la mesa. Ruth se ha llevado las velas grandes y ha puesto frente a cada lugar una pequeña vela individual en un candelero de metal negro con mango, como la vela del verso infantil. Valerie y Roberta lo dicen a la vez:

—Aquí llega una vela para iluminarte hasta la cama. Aquí llega un carnicero para ¡cortarte la cabeza!

Ninguna de ellas le ha contado ese verso a sus hijos, y sus hijos no lo habían escuchado nunca anteriormente.

—Yo lo he escuchado —dice Kimberly.

—El arco ojival, por ejemplo, era solo un capricho —dice George—. Era una moda arquitectónica, muy parecida a las modas de hoy en día.

—Bueno, no era solo eso —dice David contemporizando—. Era más que una moda. La gente que construyó las catedrales no era totalmente como nosotros.

—Eran muy distintos a nosotros —dice Kimberly.

—Estoy segura de que a mí me enseñaron, si es que me enseñaron realmente en aquellas lejanas épocas —dice Valerie—, que el arco ojival era un desarrollo del arco románico. De repente se les ocurrió llevarlo más lejos. Y tenía una apariencia más religiosa.

—Un disparate —dice George felizmente—. Perdona. Sé que eso es lo que decían, pero de hecho, el arco ojival es el más primitivo. No es el arco más fácil, no es un desarrollo del arco de medio punto en absoluto, ¿cómo podría serlo? Tenían arcos ojivales en Egipto. El arco de medio punto, el arco de piedra angular es el arco más sofisticado que se pueda construir. Todo ha sido presentado patas arriba para favorecer a la Cristiandad.

—Bueno, quizá sea sofisticado, pero yo lo encuentro deprimente —dice Ruth—. Creo que son muy deprimentes esos arcos de medio punto. Son monótonos, simplemente siguen blas-bla-bla, no hacen que los espíritus se eleven precisamente.

—Debe de haber expresado algo que la gente necesitaba profundamente —dice Kimberly—. No se le puede llamar a eso un capricho. Construyeron esas catedrales, lo hizo la gente, el proyecto no fue impuesto por ningún arquitecto.

—Una concepción errónea. Tenían arquitectos. En algunos casos incluso sabemos quiénes eran.

—No obstante, creo que Kimberly tiene razón —dice Valerie—. En esas catedrales se perciben muchas de las aspiraciones de aquella gente; se siente la emoción cristiana en la arquitectura...

—No importa lo que sientas. El hecho es que los cruzados trajeron el arco ojival del mundo árabe. Del mismo modo que trajeron el gusto por la comida picante. El honrar a Jesús no fue más improvisado que yo por el inconsciente colectivo. Era el estilo más avanzado. Los primeros ejemplos se pueden ver en Italia; y luego se abrió paso hacia el norte.

Kimberly tiene el rostro enrojecido, pero sonríe tirante y benigna. Valerie, por lo mucho que le disgusta Kimberly, siente la necesidad de decir cualquier cosa para ir a su rescate. A Valerie no le importa parecer tonta; se tiraría de cabeza a cualquier conversación para desviar su curso contencioso, para hacer que la gente se ría y se calme. Ruth también tiene el don de aligerar las cosas, aunque en su caso parece animar a hacerlo no de forma tan deliberada, sino serena y casi accidentalmente, como resultado de seguir fielmente su propia línea de pensamiento. ¿Y David? En este momento David está acaparado por Angela y no presta tanta atención como debiera. Angela está poniendo a prueba sus poderes; ella los probaría incluso con un primo que ha conocido desde que era una niña. Kimberly está en peligro por dos lados, piensa Roberta. Pero se las arreglará. Es lo suficientemente fuerte como para conservar a David a través de cualquier número de Angelas, y lo suficientemente fuerte como para conservar su sonrisa frente al ataque de George contra su fe. ¿Prevé su sonrisa cómo arderá él? No es probable. Ella prevé, en lugar de eso, cómo todos ellos tropezarán, deambularán y se harán un lío; ¿qué importa quién gane la discusión? Para Kimberly ya se han ganado todas las discusiones.

Mientras piensa esto, obligándoles a manifestar sus opiniones de este modo, Roberta se siente competente, aliviada. La indiferencia la ha salvado. Lo principal es ser indiferente a George, ésa es la gran bendición. Pero su indiferencia va más allá de él; es generosa, alcanza a todo el mundo. Está lo suficientemente bebida como para tener ganas de comunicar algunos hallazgos.

—La renuncia sexual no es suficiente —podría decirle a Valerie. Está lo suficientemente sobria como para callarse.

Valerie ha conseguido que George hable de Italia. Ruth, David, Kimberly y Angela han empezado a hablar de otra cosa. Roberta oye la voz de Angela hablar con impaciencia y autoridad, y con una vehemencia, con una timidez que solo ella puede detectar.

—La lluvia ácida... —está diciendo Angela.

Eva sacude con un dedo el brazo de Roberta.

—¿Qué estás pensando? —le dice.

—No lo sé.

—No puedes no saberlo. ¿En qué estás pensando?

—En la vida.

—¿En qué de la vida?

—En las personas.

—¿Qué piensas de las personas?

—En el postre.

Eva le da más fuerte, riendo.

—¿Qué estás pensando del postre?

—Pensaba que estaba bien.

Un poco más tarde Valerie tiene la ocasión de decir que no nació en el siglo XIX, a pesar de lo que David pueda pensar. David dice que todas las personas nacidas en este país antes de la Segunda Guerra Mundial han sido en realidad educadas en el siglo XIX, y que su forma de pensar es arcaica.

—Somos algo más que el producto de nuestra educación —dice Valerie—, como tú mismo debes esperar, David.

Dice que ha estado escuchando toda esa charla sobre exceso de población, desastre ecológico, desastre nuclear, este desastre y el otro, la destrucción de la capa de ozono... se ha estado hablando una y otra vez, durante años, de desastre, pero allí están sentados, sanos, relativamente cuerdos, con una maravillosa cena y un maravilloso vino en su interior, en el maravilloso e intacto campo.

—Los incas comiendo en platos de oro mientras Pizarro estaba desembarcando en la costa —dice David.

—No hables como si no hubiera solución —dice Kimberly.

—Creo que quizá ya estemos destruidos —dice Ruth como en sueños—. Creo que quizá seamos anacronismos. No, eso no es lo que quiero decir. Quiero decir reliquias. De algún modo ya lo somos. Reliquias.

Eva levanta la cabeza de entre sus brazos cruzados sobre la mesa. Su velo le cae sobre un ojo, el maquillaje se le ha corrido más allá de sus límites, de modo que toda su cara es una flor remendada. Dice en voz alta y decidida:

—Yo no soy una reliquia.

Y todos se ríen.

—¡Claro que no! —dice Valerie, y luego comienzan los bostezos, el retirar las sillas, las sonrisas bastante tímidas y formales, el apagar las velas: la hora de volver a casa.

—¡Oled el río ahora! —les dice Valerie. Su voz suena afligida y tierna, en la oscuridad.

—Una luna casi llena.

Era Roberta quien le decía a George la luna tan llena que había, y de este modo el que él diga eso es siempre un ofrecimiento. Es un ofrecimiento ahora, mientras viajan por entre los oscuros campos de maíz.

—Así es.

Roberta no rechaza el ofrecimiento con silencio, pero tampoco lo acoge con satisfacción. Es educada. Bosteza, y hay un sonido privado en su bostezo. Esto no es una táctica, aunque ella sabe que la indiferencia es atractiva. Es lo real. Él puede notar una imitación, siempre puede resistir las tácticas. Tiene que recorrer el camino

hasta el final, hasta donde no le importe. Entonces él nota lo etérea y lo distante que ella está y su amor se reaviva. Ella tiene el poder. Pero en el momento en que comience a valorarlo, éste empezará a dejarla. Así piensa ella mientras bosteza y vacila en el filo entre preocuparse y no preocuparse. Se quedaría en este filo si pudiera.

La camioneta de media tonelada que lleva a George y a Roberta, con Eva y Angela detrás, baja por la tercera carretera, concesión de Weymouth Township, conocida localmente como la carretera del teléfono. Es una carretera de grava, bastante ancha y con mucho tráfico. Se metieron en ella desde la carretera del río, una carretera mucho más estrecha, que llega hasta más allá de la casa de Valerie. Desde la esquina de la carretera del río hasta la puerta de George hay una distancia de unos tres kilómetros y medio. Dos carreteras laterales cortan este tramo de la carretera del teléfono en ángulos rectos. Estas dos carreteras tienen señales de Stop. La carretera del teléfono es una carretera preferencial. Han pasado ya el primer cruce. Por el segundo cruce, desde el oeste, un Dodge de 1969 color verde oscuro va a una velocidad de entre ciento treinta y ciento cuarenta y cinco kilómetros por hora. Dos hombres jóvenes vuelven de una fiesta a su casa en Logan. Uno ha perdido el conocimiento. El otro conduce. No se ha acordado de poner las luces. Ve la carretera por la luz de la luna.

No hay tiempo de decir una palabra. Roberta no grita. George no toca el freno. El enorme coche cruza como un relámpago por delante suyo, un destello enorme, oscuro, sin luces, y aparentemente sin sonido. Sale del oscuro maíz y llena el aire exactamente delante de ellos de la forma en que un enorme pez plano se deslizaría de repente ante los ojos en un acuario. No parece estar más allá de un metro por delante de sus faros. Luego se va, ha desaparecido entre el maíz al otro lado de la carretera. Siguen adelante. Siguen por la carretera del teléfono, giran por el camino, se detienen y se quedan sentados en la camioneta en el patio frente a la oscura sombra de la casa medio reformada. Lo que sienten no es terror ni agradecimiento, todavía no. Lo que sienten es perplejidad. Se sienten tan perplejos, tan aplanados y tan flotando, tan desconectados con los sucesos precedentes y futuros como el coche fantasma, el pez negro, lo estaba. Las toscas ramas de los pinos se mueven por encima, y bajo esas ramas la luz de la luna desciende claramente sobre la vacilante hierba de su nuevo césped.

—¿Estáis muertos, chicos? —dice Eva, sacándoles de su ensimismamiento—, ¿no hemos llegado a casa?